

5º D. PASCUA. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 14,1-12.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos:

-No perdáis la calma, creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas estancias, si no os lo habría dicho, y me voy a prepararos sitio. Cuando vaya y os prepare sitio volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros. Y adonde yo voy, ya sabéis el camino.

Tomás le dice: -Señor, no sabemos adónde vas. ¿Cómo podemos saber el camino?

Jesús le responde:

-Yo soy el camino y la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre. Ahora ya lo conocéis y lo habéis visto.

Felipe le dice: -Señor, muéstranos al Padre y nos basta.

Jesús le replica:

-Hace tanto que estoy con vosotros, ¿y no me conoces, Felipe? Quien me ha visto a mí ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: «Muéstranos al Padre»? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia. El Padre, que permanece en mí, Él mismo hace las obras. Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Si no, creed a las obras. Os lo aseguro: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aún mayores. Porque yo me voy al Padre.

BUSCAR A DIOS

No son pocas las personas que actualmente **«niegan la existencia de Dios y abogan por el final de la Iglesia de Jesús»**. Unos han llegado a este punto influenciados por la presentación que de Dios y de la Iglesia hemos podido hacer, en épocas pasadas, los propios cristianos. Otros, sin más, se muestran convencidos de lo superfluo de ambas realidades en una sociedad que ha alcanzado niveles de conocimiento insospechados. Todo parece indicarles que el espacio de las religiones está hoy ocupado por otros intereses, por lo que no hay lugar para Dios en nuestras vidas.

Sin embargo, hoy mismo, **«la pandemia que nos azota»** está poniendo en jaque los progresos de la técnica, dejando patente las **«limitaciones del conocimiento científico»**, a pesar de los enormes esfuerzos que se están realizando. Pero también esta pandemia está poniendo de manifiesto **«nuestra gran fragilidad y vulnerabilidad»** y por ello, que tenemos **«necesidad los unos de los otros»**. A la vista están los numerosos **«gestos de solidaridad»**, de entrega en favor de otros, a los que estamos asistiendo.

En definitiva, nos está poniendo sobre la pista de que **«estamos hecho para amar y que estamos necesitados de amor»**. Pero, especialmente, esta pandemia nos está diciendo que estamos **«en manos de alguien»** a quien no podemos controlar. ¿Acaso ese alguien puede ser un insignificante virus? O, ¿acaso ese virus **«nos está señalando a ese Alguien»** que dirige nuestra vida con amor, que nos dice que **«nos amemos los unos a los otros»**? ¿Acaso no está a la vista **«la belleza»** de su obra? ¿A ese Alguien, no le podemos llamar **«Dios»**?

Quienes eliminan a Dios de sus vidas, quienes no se abren a considerar una realidad tan manifiesta como es la belleza de su obra o, circunstancialmente, los signos que hoy nos hace llegar esta pandemia, no son capaces de ver la **«trascendencia humana»**, eso que es mucho más de lo que percibimos por los sentidos.

Los cristianos, los que seguimos o pretendemos seguir a Jesús de Nazaret, a ese Dios le llamamos también **«Padre»**, en razón de su gran amor por todo y por todos. Es cristiano, pues, el que sigue el camino de vida y verdad marcado por Jesús. Y esto, con o sin permiso de tantos, es una **«señal decisiva de vitalidad»**. En esta vida pueden obviarse muchas cosas, pero nunca **«la verdad y la necesidad de una plenitud y eternidad que den sentido a nuestra vida humana»**.

Las posesiones, la ambición de poder o de técnica y el progreso **«atraen los intereses»** de muchas personas, quizás demasiadas. Es normal, pues, que cuando se trata de conquistar puestos de influencia y prestigio, haya competencia y gentes **«abriéndose paso a codazos»**. Y es lógico pensar que en este escenario parezca que el cristianismo no tenga nada que decir ni aportar a la sociedad.

Sin embargo, las cosas cambian cuando la persona toma conciencia de la realidad de Dios, **«cuando se decide a buscarle»**, cuando se decide a seguir a Jesús de Nazaret, a vivir la vida desde el amor. Es lo único que puede **«revertir esta situación de injusticia»** que degrada a la persona, al obligarle a vivir su existencia al margen de los designios de un Dios que, por encima de todo, quiere nuestro bien.

El Evangelio de hoy es muy esclarecedor. Hoy Jesús nos dice: **«el que me ha visto a mi ha visto al Padre»**. Y es que, en Jesús, Dios nos ha manifestado su **«proyecto de Vida»**. Y ahora somos nosotros los que tenemos que dejar que ese proyecto **«se instaure»** en nuestros corazones.



«Yo soy el camino, la verdad y la vida», nos dice también. El camino es **«el amor»** hasta la muerte. La donación total es lo que **«nos realizará plenamente»**.

Cuando nos dice, **«Yo soy verdad»** es sinónimo de, **«soy lo que tengo que ser»**. Jesús es el hombre auténtico, lo que tiene que ser todo ser humano. Su trayectoria, por

tanto, ha de ser **«nuestro modelo de vida»**. Cualquier otra cosa no sería verdad.

Con el **«Yo soy Vida»**, nos dice, **«todo mi ser está en Dios»**. **«Él y sólo Él hace que sea lo que soy»**. Y lo dice con rotundidad, **«el Padre, que permanece en mí, Él mismo hace las obras»**. Jesús nos está hablando de la **«verdadera Vida»**, de la Vida que es Dios, la Vida que se le ha comunicado a Él y que Él nos comunica a nosotros con su vida.

«Nadie va al Padre sino por mí». Y es que en la medida que **«nos identificamos con Jesús»** participamos de **«la misma Vida de Dios»**. El seguimiento de Jesús es un dinamismo constante. No se trata de progresar tanto en el conocimiento como en **«la comunión con Él por amor»**. El **«conocimiento vivencial de Jesús»** hará que el Padre se manifieste en el discípulo.

«Lo que yo os digo no lo hablo por cuenta propia», para remarcar a continuación: **«si no me creéis a mí, creed a las obras»**. Las obras son la manifestación de que Dios está en Jesús. El Padre ejerce su actividad creadora a través de Jesús y Jesús, a través de sus obras, realiza el designio Creador.

A la persona que, por encima de todo, **«desea buscar a Dios»**, **«se le abre un horizonte admirable»** que le lleva a un descubrimiento, **«un encuentro»**, ante el cual todo lo demás es polvo. En nuestro mundo siempre habrá sitio para los buscadores de infinito y de plenitud, para los buscadores de Dios. Su deseo es uno solo: **«alcanzar la dimensión del hombre verdadero»**, alcanzar la verdadera Vida a través de **«la ofrenda de la propia vida»** al servicio de una fraternidad universal, tal **«como lo hizo Jesús»**.

En quienes buscan a Dios no tiene sentido el aplauso y el éxito o la conquista de una posición o de una fama porque **«viven de otros valores»**. Sus vidas dejarán en los corazones de los que los rodean la nostalgia de una **«tierra más humana»**, de una **«plenitud de paz y de alegría»**, inconcebibles para las personas distraídas por los lazos que les tiende esta sociedad del consumo y del progreso.

Si lo tenemos claro, descubriremos a Dios obrando como Jesús, siempre **«en favor de las personas»**. Y de igual forma que Dios actuó a través de Jesús, lo seguirá haciendo **«a través de todos nosotros si seguimos sus pasos»**. Liberar a la persona, arrancarla del mal, será siempre la obra de Dios y de Jesús. Y ahora, **«también la nuestra»**. ¡Que así sea!